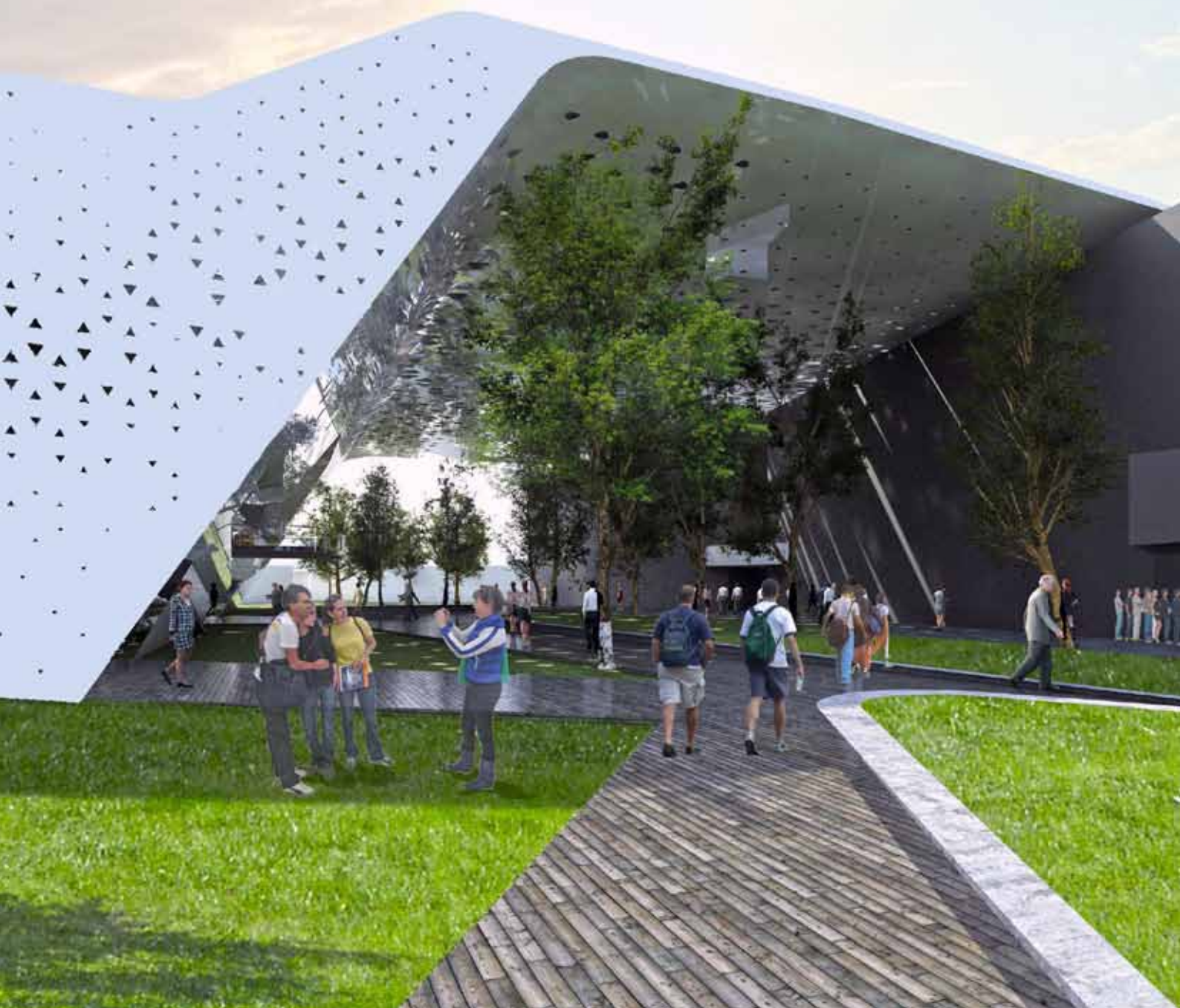




Meninas

Entre Rojkind y Wes Anderson La nueva Cineteca Nacional

Jorge Vázquez Ángeles





LO DIGO SIN NINGÚN CARGO DE CONCIENCIA o aflicción intelectual: nunca me ha llamado la atención ir a la Cineteca Nacional. Sea por la distancia que físicamente me separa de ella, o porque la denominación “cine de arte” siempre me ha parecido chocante, recuerdo que antes de la cirugía mayor a la que está siendo sometida desde hace varios meses, acudí, a lo mucho, un par de ocasiones. La primera de ellas no la recuerdo; de la segunda conservo apenas algunos fragmentos de un documental proyectado en una sala no más grande que mi departamento, lo cual ya es decir mucho, sobre el sentido de la vista y donde entrevistaban a una serie de personalidades que usaban lentes, entre ellas José Saramago y Win Wenders, quien afirmaba que nunca dejaría de usar anteojos de armazón rectangular porque de esa forma percibía la realidad con un encuadre propio. El recuerdo de esa última visita está reforzado por la presencia de la mujer que me llevó a “uno de sus lugares preferidos” (ella era mi novia), y porque a la salida nos fuimos a tomar un café a Coyoacán en compañía de un escritor a quien nos encontramos dentro de la diminuta sala, quien no sólo me robó más de tres horas de mi tiempo durante su interminable soliloquio adormecedor, sino la posibilidad de besar a la chica al amparo de las sombras.

En mi memoria, la Cineteca Nacional era un sitio construido en un terreno oculto, delimitado por la traza desigual de lo que alguna vez fue el pueblo de Xoco, y el tajo salvaje y recto de la avenida México-Coyoacán. Primero había que atravesar un enorme estacionamiento y la llegada a las salas no era nada espectacular, ni glamour hollywoodense ni sobriedad europea: se trataba de un cine “piojito” pintado de un horrendo color café, con butacas incómodas, alfombras percutidas y llenas de agujeros. La falta de recursos para el mantenimiento mínimo y honorable del sitio se disimulaba mediante variadas técnicas de reciclaje e improvisación, y una que otra intervención anónima por medio de brochazos desiguales o parches de tablaroca. A pesar del panorama, la Cineteca Nacional es una de las más visitadas no sólo en México sino en el mundo.

Por ello no pude resistir las ganas de ir a la 54 Muestra Internacional de Cine, acto con el que reanudaba actividades la Cineteca, para conocer, aunque parcialmente, las nuevas instalaciones. Me invitaron mis amigos Angélica y Arturo, con quienes me une una larga amistad y la satisfacción



Imágenes: cortesía Cineteca Nacional

de haber sido yo quien los presentó hace ya varios años. Él me llamó por teléfono para decirme que fuéramos a ver la nueva película de Wes Anderson. La verdad es que nunca había oído hablar de ese director, al principio me sonó que era alemán. Ante la perspectiva de pasar un sábado aburrido en casa y dejar pasar la oportunidad de tener material fresco para *Casa del tiempo*, hice a un lado mis prejuicios sobre el “cine de arte”, y en no menos de media hora llegué a la nueva Cineteca.

Recordaba que la entrada principal, si así podía llamársele, estaba frente al Hospital de Xoco. Un policía que custodiaba el acceso al nuevo estacionamiento, edificio de cinco niveles que le dará una mejor imagen urbana al complejo, me dijo que la entrada era por Mayorazgo. Caminé hacia allá y antes de llegar, me dio mucho gusto ver los *stills* de *Macario*, dirigida por Roberto Gavaldón y una de mis películas favoritas.

Sin embargo, me decepcionó que la remodelación (en realidad debería de llamarse reordenamiento) no sólo no estaban concluida sino que decenas de trabajadores continuaban acarreado materiales en carretillas, o limpiaban la cubierta del proyecto de Michael Rojkind, arquitecto de la Universidad Iberoamericana que mientras concluía sus estudios se daba tiempo para rocanroleo en compañía de Aleks Syntek, cuando ambos formaban parte de La gente normal.

Lo cierto es que se respiraba un aire de renovación total. La idea de contar con una pantalla al aire libre me pareció un gran acierto. Según escuché a un arquitecto vestido con un overol blanco que supervi-

saba los trabajos no sin cierta preocupación, la noche anterior se había proyectado *Tiburón*. El éxito había sido abrumador: el espacio frente a la gran pantalla está proyectado para seiscientos personas. Durante la proyección llegaron dos mil, lo cual era evidente si se observaba el piso y el lamentable estado del pasto, que a pesar de los petates que uno puede tomar para tenderse frente a la pantalla, no pudo soportar semejante multitud.

El nuevo proyecto de Rojkind incorpora cuatro nuevas salas bautizadas con los nombres de directores mexicanos, como Juan Bustillo Oro, responsable de la mejor película de Cantinflas (*Abí está el detalle*), y donde se proyectaría *Moonrise Kingdom*, el filme de Wes Anderson. Estas nuevas salas están ubicadas en un primer nivel, y se llega a ellas por medio de un par de suaves rampas que permiten mirar de cerca la cubierta que evitará que la gente se moje como ocurría en el pasado. Hay que decir que la arquitectura mexicana nunca ha sido una gran explotadora del tema de la cubierta, quizá por el temor natural de los ingenieros a los sismos y por el siempre adverso asunto de los presupuestos. Ahora que lo pienso, sólo me viene a la mente el gran “paraguas” del Museo Nacional de Antropología, obra de Pedro Ramírez Vázquez.

Las nuevas salas tienen capacidad para 250 personas, cuentan con asientos cómodos, están forradas con lambrines de madera y cuentan con nuevos equipos de proyección y sonido. Antes de empezar la película, me enteré de varias cosas: que Wes Anderson dirigió

The Royal Tenenbaums (esa sí la vi), y que cuando las obras estén terminadas, las salidas de las cuatro nuevas salas conducirán hacia la planta baja, donde están los baños y, supongo, tiendas de souvenirs o de golosinas, que siempre hacen falta cuando uno va al cine. La mexicana costumbre de inaugurar cosas que no están concluidas nos persigue desde tiempos inmemoriales, no en balde es difícil saber cuándo terminó, por ejemplo, la Revolución Mexicana o si alguna vez se concluyó el Periférico.

De la película de Wes Anderson sólo puedo decir que me cautivó la historia de dos niños de doce años que se enamoran y se escapan. Y sobre la nueva Cineteca Nacional, a la que le han agregado el rimbombante complemento “del siglo XXI”, me parece que es un trabajo serio de Michael Rojkind y su grupo de arquitectos, quienes han apostado por la lógica y el sentido común al reconfigurar un sitio que antes desperdiciaba miles de metros cuadrados en estacionamientos y jardines que ahora podrán disfrutar los cinéfilos y visitantes en general. Lo malo es que los tiempos de la política rara vez coinciden con los de la arquitectura.

Resulta muy barato ver una película en la Cineteca (cuarenta pesos), lo cual me permitirá, en un tiempo razonable, acudir de nuevo para mirar la película completa de las visiones de Michael Rojkind. **▲▲**

